

MANUEL GARCIA BLANCO Y LA OBRA DE UNAMUNO

Las actividades de Manuel García Blanco en los años que van desde su aparición en el mundo de las letras (1927) hasta el comienzo de la guerra civil española, estaban muy diseminadas entre los varios terrenos, épocas y enfoques que pueden atraer la atención de quien tenga vocación total (e indivisible) hacia aquello que hoy podemos entender por “humanidades modernas”. La lingüística histórica le atraía lo mismo a la altura del *Fuero Juzgo* que a la de Valle Inclán, y la literatura, en muchos aspectos, especialmente en el de las relaciones de la española con las extranjeras. También apunta entonces una característica suya, señal temprana, ya inequívoca, de su modestia, y de su empeño de “servir”, de prestar un servicio: por aquellos años abundan sus traducciones del alemán: traduce repetidas veces a Vossler, traduce a Curtius, traduce a Hatzfeld y a Rilke. Todo lo más opuesto a traducir *pro pane lucrando*.

Esta voluntad admirable de “servir” —tan poco propia de ingenios españoles— iba a centrarse en un nombre y una obra: el nombre y la obra de don Miguel de Unamuno. Sirviendo, iba a llegar García Blanco a realizar plenamente su propia obra: porque hoy al nombre de Miguel de Unamuno tiene que ir ligado para siempre el de su recolector, editor, comentador, anotador y crítico.

Hay escritores que por una feliz coincidencia de sus condiciones íntimas, personales, con otras nacionales y sociales, han podido verter libremente su alma en múltiples formas desde la juventud y casi adolescencia, hasta la vejez. Varios escritores de la generación del 98 lo pudieron hacer; a los de mi propia generación no nos ha sido posible. En literatura española —a pesar de todas las diferencias que están bien de bulto— dos casos extremos de ese tipo humano, que se nos asoma casi siempre por su misma obra, son Lope y don Miguel de Unamuno. Los dos escribieron irrestañablemente —verso, teatro, novela, prólogos, cartas— los dos nos han dejado en su literatura una crónica de su vida, del manar de su pensamiento y de su sentimiento: a Lope apenas le afectan las restricciones que la índole del Siglo de Oro español le imponía, porque habla de su vida íntima y de sus experiencias eróticas; Unamuno, lo que expresa son las reacciones de su pensamiento manante con la realidad española, y lo hace con la despreocupación que la libertad nacional le daba en esos años que ya hemos dado en llamar “la Belle Époque”, no sé si para seña-

lar así mejor —diciéndolo en francés— cuán poco comprensibles eran en lo hispánico, o para recalcar más aún, su irremediable lejanía.

¡Un hombre como Unamuno! Piénsese en una enorme carga eléctrica, en un polo que estaba recibiendo, estableciendo constantemente contactos, la mayor parte de las veces de carga contraria... La vida de Unamuno es un destellar ininterrumpido de geniales chispazos de máquina (¡gran voltaje!) o zarpazos de fiera animal, es decir, con ánimo, con alma, más o menos irracional o irracionalista. Unamuno era un hombre que se nutría así, sin cesar, de todo, de su tierra, y de las variedades de su tierra, y de las raíces de su tierra; de la literatura española, de la clásica, de la extranjera, de sus amigos, de la vida nacional y política; y estaba siempre dispuesto a decir lo primero que se le ocurría, su auténtica primera reacción ante el pensamiento de los demás o el suyo propio, o ante las cosas...

Ha sido al tener que revisar ahora, rápidamente, los trabajos unamunianos de Manuel García Blanco, cuando más viva se me ha hecho esa acumulación, ese amasijo, ese nudo de nudos inextricables que es la vida de un hombre, y ante todo, la vida de un hombre genial como Unamuno. Pero don Miguel ha sido mucho más afortunado que otros españoles que vivieron en condiciones parecidas de fertilidad y duración de trabajo, más afortunado, porque al lado de su obra ha estado el cuidado amoroso de Manuel García Blanco.

Ya esta devoción había empezado durante la misma vida de don Miguel. Ya entonces traduce García Blanco el artículo de Curtius "Unamuno y Alemania", y publica también algún trabajo original sobre el gran vasco salmantino.

Viene la muerte de don Miguel, y el paréntesis de nuestra guerra. Pronto, después, desde 1942, comienza la verdadera producción unamuniana de García Blanco. Pero todavía, en los primeros años, es un lento goteo. Nuestro desaparecido compañero está, no cabe duda, acumulando y ordenando la portentosa documentación que luego irá destrenzando en aspectos y enfoques parciales. El ambiente en que García Blanco trabaja no es, ciertamente, alentador o favorecedor de esos estudios (aunque también, justo es decirlo, en esta Universidad hubo quien tendió públicamente a fomentarlos): ante el desvío o indiferencia oficial, nuestro estudioso García Blanco continúa imperturbable su tarea. De esa minuciosa y exactísima acumulación nos dan una visión parcial, pero extensa, las *Crónicas Unamunianas*, que desde 1948 comienza a publicar en los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, de esta Universidad. La primera de esas *Crónicas* comprende la bibliografía sobre Unamuno desde el año 1937 al 1947, y las otras la de los años 1947 al 1963, distribuido todo en doce contribuciones, que van apareciendo en los *Cuadernos* aproximadamente cada dos años. ¡Qué minucia, qué exquisito cuidado el de estos trabajos del paciente colector! ¡Cuántas plumas en el mundo han sido fecunda-

das, modificadas o movidas por la labor de Unamuno! ¡Qué ingente cantidad de talento humano la que se ha vertido sobre el alborotado manantial de la obra del gran vasco de Salamanca!

Agréguese a esta labor de bibliografía, la que en silencio estaba haciendo García Blanco con la reunión y compulsión de las cartas de Unamuno y el estudio de las que en el archivo del escritor se conservaban dirigidas a él, con el estudio y recolección de la obra del abundante y polifacético escritor, obra en gran parte dispersa en artículos periodísticos. Se dedicaba García Blanco al mismo tiempo al análisis y cotejo de ediciones y al estudio lingüístico, estilístico y de contenido de una obra tan vasta y cambiante.

Que esta era la labor previa de todo el trabajo de García Blanco lo prueba el admirable libro *Don Miguel de Unamuno y sus poesías. Estudio y Antología de poemas inéditos o no incluidos en sus libros*, volumen de más de 450 págs., publicado por esta Universidad de Salamanca en la sección de Filosofía y Letras de "Acta Salmanticensis", en 1954. La mención de la especial atención a los poemas inéditos puede desorientar al lector, porque el libro es fundamentalmente un estudio completo de la génesis y realización de los libros de poesía de Unamuno.

A lo largo de esos años, las publicaciones unamunianas de García Blanco crecen incesantemente. Un cálculo comprobaría la aceleración constante de la producción de nuestro desaparecido compañero, que viene a culminar en estos últimos tiempos en que le sabíamos ya gravemente enfermo, y en los que despliega una actividad verdaderamente heroica. Lo que nos ha dejado es un acervo enorme. Yo cierro los ojos, y me imagino a nuestro llorado amigo entregado aún en estos años que vivimos y en los que van a venir, a su culto unamuniano: cinco, diez, quince años más de trabajo. ¡Qué inmensa recreación ordenadora de la actividad de Unamuno!

De la obra unamuniana de García Blanco voy a considerar sólo algunos aspectos. Empecemos por Unamuno y su tierra. ¡Cuántas veces, en las páginas de García Blanco está tratado el tema del vasquismo y bilbainismo de don Miguel! Pero hablemos de su tierra de adopción, Salamanca; García Blanco evoca en un trabajo las viviendas salmantinas, en otro, la lengua salmantina de Unamuno; en otro, llamado *Don Miguel y la Universidad*, estudia las relaciones del gran escritor —¿con qué Universidad había de ser?— con ésta, con la suya, la de Salamanca; en otros trabajos, como el titulado *Don Luis y don Miguel*, relata la amistad de Unamuno con el ilustre salmantino, rector algún tiempo de esta Universidad, y autor de las *Querellas del ciego de Robliza*, que tanto impresionaron a don Miguel, recién salido éste de su descubrimiento del *Martín Fierro*, y cuenta también la amistad con el hijo de don Luis, don Francisco, cultísimo catedrático de la Universidad de Madrid, y asimismo insig-

ne cultivador de las letras. En otros trabajos, García Blanco estudia la *Oda a Salamanca*, de Unamuno, etc. Dos ardientes amores a Salamanca se unen aquí: el de Unamuno y el de su devoto estudioso García Blanco. Los nombres de Salamanca y de sus edificios, su Universidad, sus hombres, salen, se puede decir, casi por cada página de los miles de ellas que García Blanco dedicó al estudio de la obra de don Miguel. Otros estudios especiales de García Blanco versan sobre tierras de España (Galicia, Extremadura) en la obra de Unamuno.

Nuestro amigo pudo disponer del gran tesoro de las cartas recibidas por don Miguel y conservadas en su archivo, y apuró también los testimonios públicos que suministran el enorme material impreso: la obra de don Miguel y la enorme bibliografía de lo sobre esa obra publicado. Esto le ha permitido reconstruir y exponer de modo coherente las relaciones de Unamuno con una serie de importantes literatos. Muchos de ellos, españoles. (Ya hemos mencionado la amistad con dos Luis y don Francisco Maldonado). A las relaciones de Unamuno con Clarín, Ganivet, Palaciø Valdés, Ramón y Cajal, Maragall, Antonio Machado y otros, dedicó el trabajo incansable de García Blanco otras tantas monografías. ¡Cómo se iluminan las épocas y las relaciones humanas en estos estudios! Casi le da a uno pena y ternura seguir, gracias a García Blanco, la manera como el joven Unamuno procura llamar la atención del entonces pontífice de la crítica, Clarín, a quien no conocía: le envía una carta, corrigiéndole para hacerse notar. Se entabla una correspondencia; Unamuno necesitaba que el gran Clarín hablara de él. De ahí su sentimiento cuando el famoso crítico no reseña la novela *Paz en la guerra*, en la que don Miguel había puesto tantas ilusiones; y ¡cómo se siente herido por la crítica que Clarín hace del libro titulado *Tres ensayos*!; crítica, en parte, muy elogiosa, pero llena, no sólo de reticencias, sino de verdaderas salidas sarcásticas, que a don Miguel, no cabe duda, le hirieron profundamente. Muy interesante es también la monografía dedicada a Ganivet y Unamuno; y, tema menos conocido, el estudio de la correspondencia con Ramón y Cajal, y la vacilación —tan unamunesca— entre la atracción de las ciencias físico-naturales, y el desvío por ellas. Y no podemos olvidar tampoco el rastreo de la correspondencia con Maragall, con el curioso desliz de don Miguel al traducir “La vaca cega” (también otros hemos cometido gazapos semejantes y traduciendo a Maragall precisamente). Y ¿cómo no mencionar los estudios sobre el tema Antonio Machado y Unamuno?: en ellos se imprime una carta de don Antonio desde Baeza, que es uno de los testimonios más impresionantes que yo conozco, de la intimidad del gran Machado y su reacción ante el medio ambiente español. Mencionemos también la importante monografía sobre las relaciones de don Miguel con José Lázaro (personaje español que bien merece un libro) editor de *La España Moderna*; don Miguel trabajó para él como autor original y como traductor, y guardó siempre profundo reconocimiento a esta amistad.

No menos interesantes son los estudios que García Blanco dedicó a las relaciones humanas de Unamuno con grandes escritores extranjeros: unos, hispánicos; y entre ellos, el gran Rubén Darío, nicaragüense, español y universal; uruguayos, como Zorrilla San Martín, José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira; argentinos, como Manuel Gálvez y Ricardo Rojas; mejicanos, como Alfonso Reyes, etc. Pensad en el pormenor de este trabajo; a cada una de estas relaciones, una monografía diferente.

Y, aparte, el estudio de las amistades con extranjeros de habla no castellana, tema al que nuestro infatigable investigador unamunista consagró también una serie de estudios especiales. Así, a la relación con Teixeira de Pascoaes, de ese Portugal tan próximo, al que don Miguel conoció bien y amó mucho. También estudió García Blanco la relación epistolar con italianos, como el hispanista Ezio Levi, y con el desafortunado Papini, con el que le unían, hasta cierto punto, determinadas afinidades psicológicas y de enfoque estético, y con el gran Benedetto Croce, con el que, en el fondo, creo que le unían pocas o ninguna. Añádanse las relaciones humanas con ingleses, como su admirador y traductor Crawford-Fritch, y con su traductor norteamericano Homer P. Earle, y con otros hispanistas norteamericanos (Waldo Frank, etc.) y con otros franceses. ¡Cómo se nos enriquece la figura humana del escritor Unamuno viéndole actuar dentro del mundo, cuando García Blanco, con pormenor y fina penetración, nos le describe estableciendo relaciones prácticas, es decir, diarias, es decir, como las de todos los hombres, con tantos seres de su profesión, ya compatriotas, ya extranjeros!

Pero hay aún otro aspecto de la labor de García Blanco, que tiene extraordinario mérito y enorme consecuencia para nuestro conocimiento de la obra unamuniana. Me refiero a las relaciones de Unamuno, ya no con seres humanos, sino sólo con el espíritu de hombres, con las huellas que ese espíritu nos ha dejado en la obra literaria. Aquí, como nunca, no bastaba sólo la diligencia y exactitud que García Blanco solía poner en todos sus trabajos: tenía que juntarse también en el comentarista, el conocimiento de épocas, culturas y obras sumamente variadas. La huella que en el profesor de griego y antiguo docente de latín habían dejado las literaturas griega y latina, fue el tema del artículo *El mundo clásico de Miguel de Unamuno*; García Blanco va siguiendo en él el influjo de la *Odisea*, los recuerdos de Hesiodo, de Heráclito, de Demócrito; el rastro de Platón; los del Mito de Prometeo, según Esquilo, obsesionante para don Miguel; la existencia en la obra unamuniana de huellas o recuerdos de la *Antígona* de Sófocles y la de la *Fedra* de Eurípides, que Unamuno refundió a la moderna. Y prosigue luego rastreando las huellas de la literatura latina, de Horacio, de Virgilio, y sobre todo, de Lucano, que tanto hablaba a Unamuno, y en fin, de la *Medea*, de Séneca, que el gran escritor traduce. La materia clásica estaba profundamente embebida en el espíritu de éste, tanto que, como sustancia propia, solamente si era preciso

afloraba en el momento exacto, sin citas extemporáneas, del modo más natural y sin pedantería. Don Miguel estaba muy satisfecho de que fuera así, y una vez, sin falsa modestia, lo hace notar.

Otro gran tema de esta clase, indagado por nuestro Manuel García Blanco es el de las relaciones de Unamuno con el pensamiento y con la poesía alemanes. Lleva por título *La cultura alemana en la obra de Miguel de Unamuno*. Este había aprendido tempranamente alemán, y pronto pudo encargarse de traducciones para su publicación por editores. Lo asombroso es lo vario y profundo de su lectura en tantos campos culturales. García Blanco nos muestra cómo de los filósofos más importantes apenas hay uno de cuya obra no haya hablado Unamuno con conocimiento, o cuyo influjo no haya alguna vez recibido (Kant, Hegel, Schopenhauer; y Nietzsche, aunque don Miguel no se expresara con demasiada simpatía por él). Y también había tenido trato demorado con poetas y dramaturgos: Schiller, Novalis, Heine, Hebbel, etc. Todo esto nos va mostrando García Blanco en ese artículo, publicado en 1957.

En 1959, saltando a otra cultura, dará a luz su monografía sobre *Poetas ingleses en la obra de Unamuno*. La importancia de la lectura de la poesía inglesa en Unamuno, fue tan grande, y el pormenor que García Blanco le dedicó, fue tan extenso, y, en fin, el acierto y fina percepción crítica tan extremados, que, a mi juicio, es una de las mejores contribuciones entre tantas y tan excelentes. Nos va mostrando la gran admiración de don Miguel por la poesía de Wordsworth, y la huella que en él deja, y la de Coleridge, y la de los Browning y Matthew Arnold y Tennyson, y la atracción que sobre él ejercía Robert Burns. Y luego, yendo hacia atrás, nos expone García Blanco el juicio que a Unamuno merecía Byron, y la admiración por un verso de Keats, y en fin su lectura y gran aprecio de otros muchos poetas ingleses, culto que resalta aún más, cuando se trata de Blake, y sobre todo de Shakespeare.

Otra monografía de tipo semejante (¡qué varia y extensa labor la de García Blanco!) fue su estudio sobre *Italia y Unamuno*. La visita juvenil a Italia y su deslumbramiento por la belleza de Florencia; su entusiasmo por Leopardi y por Carducci, y su constante fidelidad a la lectura de la *Divina Comedia*, y, en fin, el curioso caso del paralelismo entre Unamuno y Pirandello, los dos con sus personajes en busca de autor...

Saltemos ahora, violentamente, a otro campo: también tuvo un influjo sobre don Miguel, quién lo había de decir, la cultura gauchesca, y también a ese aspecto dedicó su atención nuestro muerto compañero, en su monografía *La poesía gauchesca vista por don Miguel de Unamuno*. Fue la lectura del *Martín Fierro* lo que produjo el entusiasmo, y ello le llevó a la de otras producciones de la llamada literatura gauchesca. Unamuno veía en el lenguaje de esa literatura no una perturbación o deturpación de la lengua castellana, sino su consecuencia más expresivamente

natural. Tan impresionado quedó, que muchas veces, por partes muy distintas de su obra, aparecían en retazos, claras muestras de la huella que en su alma había dejado la energía expresiva y la profunda sabiduría popular del *Martín Fierro*.

Y no me queda tiempo para hablar debidamente de una de las empresas unamunistas más importantes de García Blanco: la edición de las *Obras Completas* de don Miguel. No hubiera sido posible sin la lentísima labor de recolección de lo disperso a la que nuestro amigo y compañero llevaba dedicado muchos años. Ya en 1944 había editado, prologado y anotado el volumen *Paisajes del alma*; y un intenso trabajo de búsqueda y recolección fructificó en el tomo *De esto y de aquello*, volumen de escritos de Unamuno nunca recogidos en libro, que apareció en dos tomos, en 1950 y 1951. Nada comparable, sin embargo, a la ingente tarea de la preparación de las *Obras Completas* de su autor amado, empresa que no queda terminada: quince tomos han aparecido, y los quince fueron preparados, prologados, anotados y provistos de copiosísima bibliografía, por nuestro gran unamunista. Quien no se haya visto en tareas semejantes no se dará clara cuenta de la ingente tarea que esa labor supone. García Blanco había ya publicado mucho sobre Unamuno, y pudo, naturalmente, aprovechar lo ya escrito antes: así, los tomos de poesía (que son los 13, 14 y 15 de las *Obras Completas*) llevan como prólogo una gran parte del texto del volumen *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, de 1954, del que ya hemos hablado aquí. Pero de la nueva forma han desaparecido los aspectos más de pormenor erudito y todo se ha concordado, ajustado, y a veces ampliado con nuevas noticias. La labor de preparación de esas obras completas justificaría por sí sola toda una vida literaria. Lope de Vega y Góngora, por ejemplo, están esperando editores de ese tipo. De los lunares de esa edición de Unamuno, no tiene la culpa García Blanco, sino el descuido de esas imprentas de batalla que machacan la literatura de un gran escritor como si se tratara de sobres o formularios del Ministerio de Comercio o del de Hacienda. Esas *Obras Completas* de Unamuno necesitan un nuevo "servidor", que en una nueva edición conserve íntegros, la ordenación, los prólogos magníficos y las notas eruditísimas de García Blanco, pero que corrija escrupulosamente el texto de Unamuno y lo libre de las afrentosas erratas que lo afean, y amplíe la bibliografía, ya apurada con exquisita minucia por García Blanco, pero a la que hay que añadir lo publicado en estos años posteriores a la primera impresión.

García Blanco tiene una obra repartida entre la lingüística y la historia de la literatura medieval, áurea y moderna. Pero basta consultar su bibliografía para ver en él una voluntad de autolimitación y de reducción —en lo posible— a un solo tema: Unamuno. García Blanco se situó, modestamente, en actitud de "donador", como en esos cuadros de primitivos, junto a la gran figura deslumbrante, de don Miguel de Unamuno. Esta gran figura ha sido bandera apasionada de divisiones españolas. Para

García Blanco, hombre ecuánime y templado en todas sus opiniones y en su conducta, no fue Unamuno elemento de discordia, sino de unión. Sabía que su grandeza pertenece ya a los cielos altos de la literatura adonde no llegan las tempestades de la baja atmósfera. Sabía que Unamuno, su obra, era un tesoro ya común, ya oro puro de España, tesoro para todas las generaciones de españoles sin distinción ni bandera posible. Y por eso consagró, con heroica dedicación, toda su vida a conservar ese tesoro, a pulirlo, a acrecentarlo incorporándole sus partes diseminadas, a estudiarlo e interpretarlo. García Blanco, que sabía tanto de tantas cosas, de lingüística en general, de toponimia, de historia de la literatura de la Edad Media, de literatura del Siglo de Oro y de la moderna, que podía haber hecho una obra aparentemente más varia o más aparentemente original, consagró su vida a la inmensa variedad de Unamuno. Su misión fue doble: desintrincar esa variedad estudiando uno a uno sus aspectos, y esto lo hizo en las monografías que hemos considerado al principio, verdaderos estudios de 20 a 40 páginas casi siempre (obsérvese que no he mencionado en lo que antecede ni un solo artículo de periódico: han sido todos artículos extensos publicados en revistas científicas). Y luego, quiso cerrar y trabar esa variedad en la gran edición de *Obras Completas*, por él ordenada, prologada tomo a tomo, y minuciosamente anotada.

¡Qué ejemplo para la juventud española éste de García Blanco! Aquí donde todos queremos dar el do de pecho, poner el mingo, dar la gran campanada, García Blanco renunció al do de pecho (que tantas veces resulta en falsete) y a la campanada (que en tantas ocasiones no suena sino a lo cascado o a lo vacío); se autolimitó inteligentemente, se puso orillas a su trabajo. Dentro de esas orillas, iluminado por su inteligencia, ¡qué espacio ordenado, meticoloso, enormemente variado, escudriñado hasta el frenesí! También hay Cajales en las ciencias del espíritu. Fuera de las definiciones volanderas y facilonas, los espacios espirituales, sólidamente acotados, revelan al análisis la increíble riqueza del pormenor del espíritu, infinitamente mayor que la de los tejidos y estructuras de la materia natural.

En el espacio riquísimo de los veneros de Unamuno, halló García Blanco la realización de su propia obra. Y nos dejó a todos, a los que fuimos sus compañeros y a los que fuisteis, o a los que podríais haber sido, discípulos de su palabra y lo seréis de su obra, un ejemplo: un ejemplo de vocación, de constancia, de fértil fijación agotadora de un gran tema. Ejemplo que puede ser maravillosamente fecundo en esta España de las vistosas reboleras y de los molinetes espirituales.